

Antonio Llorente y las fórmulas de tratamiento

GREGORIO SALVADOR
Real Academia Española

El verano pasado, a un año ya de su muerte, algo que presencié una tarde en televisión me trajo de golpe a mis recuerdos a Antonio Llorente y me hizo reflexionar sobre lo que fueron tantos años de amistad con él, tantos caminos que recorrimos a la par, tantos días de trabajo compartidos. Lo que estaba viendo era una etapa montañosa del Tour de Francia en la que iba escapado un corredor colombiano, no recuerdo cuál, acaso Hernán Buenahora, ese ciclista con nombre de personaje de Gabriel García Márquez. El reportero de televisión se había acercado en su moto al coche del director de equipo, Álvaro Pino, que estaba en contacto telefónico con el escapado y pudimos oír toda la conversación. Nada de particular: los consejos habituales en esos casos, las palabras de ánimo, todo lo ya escuchado en situaciones análogas. Lo único que resultaba inusitado era que el director le hablaba al ciclista de usted; tan inusual que llamó la atención de los enviados de prensa y radio, quienes interrogaron luego a Pino sobre la razón de ese raro tratamiento que dispensaba a su pupilo. Nada de extraño, aseguró el director del equipo: los colombianos lo trataban a él de usted y de usted se solían tratar entre ellos, y él no iba a ser tan desconsiderado como para imponerle a nadie un tuteo que le podía resultar molesto por demasiado confianzudo.

Pensé en Antonio Llorente porque la última vez que había estado con él en Salamanca hablamos de ese tuteo indiscriminado que nos ha invadido en los últimos tiempos y que origina, no pocas veces, situaciones enojosas, y nos referimos precisamente a lo chocante, cuando no denigrante, que podía resultar en ocasiones para algunos hablantes

hispanoamericanos, más conservadores, el ser tuteados por cualquier español a quien acabaran de conocer. Imaginaba que él, asiduo espectador de eventos deportivos, habría estado también esa tarde ante el televisor, tomando nota mental del hecho anecdótico, porque ninguna cosa así se le escapaba, atento siempre a los usos precisos de la lengua que oía, a la actitud de los hablantes, a tantos y tantos pormenores de la lengua viva que él iba anotando en sus cuadernos o guardando en la memoria.

Comentamos, en esa ocasión que digo, que la transformación, no generalizada a todo el ámbito idiomático, de los hábitos lingüístico-sociales en el empleo de unas u otras fórmulas de tratamiento podría representar a la larga un notable riesgo para el mantenimiento sin fracturas de la cohesión idiomática, de la unidad lingüística que debe ser la gran apuesta, ante un nuevo milenio, de todos los que hablamos español. Por ahí se han venido produciendo, históricamente, algunas quiebras bien conocidas, asumidas sin más como variantes dialectales. El mantenimiento del voseo, con plena extensión social, en países del Cono Sur y de Centroamérica, o la total extensión ultramarina y andaluza occidental de la concentración en el *ustedes* de la única forma para la segunda persona del plural, con cierta tendencia, cada vez más comprobable, a recuperar el *vosotros* como fórmula de cortesía, son ya divergencias suficientes, en una lengua tan homogénea, por otra parte, como la nuestra, que no debieran verse acrecentadas con nuevas discrepancias en los usos sociales del idioma.

Es evidente que ese es un terreno movedizo y que, sin salir del espacio temporal de nuestra propia vida, hemos podido asistir a considerables variaciones en esos hábitos. Yo le comentaba a Antonio Llorente, en aquella conversación, que a mi abuela paterna, que murió cuando yo tenía catorce años, los nietos la tuteábamos, pero mi padre, es decir, su hijo, le hablaba de usted, fiel al uso adquirido en su infancia, tan arraigado que ya le debía de resultar imposible de mudar hacia el tuteo que luego se había ido extendiendo entre hijos y padres, quitando acaso solemnidad, nunca respeto, a las relaciones familiares. Sólo su hija menor la tuteaba, como los nietos; nacida tardíamente, habría llegado ya en el momento en que se estaban aceptando, con naturalidad, los nuevos modales.

Todos sabemos lo difícil que resulta cambiarle el tratamiento a otra persona y todos sabemos que el tú o el usted no necesariamente señalan unos límites invariables en la confianza o en el afecto. Ni el

tú es inexcusablemente más íntimo que el usted ni este actúa como una barrera que imposibilite la amistad más acendrada, el mutuo entendimiento.

Diré, pues, que Antonio Llorente y yo nos estuvimos hablando de usted hasta hace catorce o quince años, ya él asentado en Salamanca, catedrático yo de la Universidad Complutense, es decir, que nos tratábamos de usted en todos aquellos tiempos en que compartimos aulas, trabajos, caminos y posadas, y vinimos, muy avanzadas nuestras vidas, a descender al tú cuando ya sólo nos encontrábamos de tarde en tarde y por poco tiempo.

Como lo mismo a él que a mí la lengua nos interesó siempre en su dimensión viva y actuante, no como una abstracción, sino como algo personal ligado indefectiblemente a realizaciones concretas, a circunstancias precisas, a hechos narrables, voy a contar aquí la pequeña historia de nuestro trato y nuestros tratamientos.

Nos conocimos en octubre de 1950, en Granada, en la Facultad de Letras de la calle Puentezuelas al comenzar el nuevo curso. Yo me había licenciado en junio e iba a comenzar mi carrera docente como ayudante de clases prácticas; él acababa de llegar, recién ganada su cátedra de Gramática General y Crítica Literaria y vestía, sorprendentemente, el mismo pantalón gris, chaqueta azul marino y corbata rojiamarilla a franjas que habían lucido los futbolistas de la selección española, aquel verano, en su viaje a Brasil para disputar el campeonato del mundo. Llegaba, pues, no sólo joven sino además ostensiblemente juvenil, deportivo, abierto, sin la gravedad y el empaque que a otros les solía dar la cátedra, sin afectación, sin asomo de pedantería, sin marcar diferencias con quienes veníamos detrás. Yo lo admiraba además, anticipadamente, porque me había pasado el curso anterior leyendo monografías dialectales, tesis doctorales sobre hablas concretas de pueblos o comarcas, en búsqueda de pautas o modelos para la que yo pensaba hacer, y la suya sobre el habla de la Ribera del Duero era la que me había impresionado más, por lo clara, por lo sencilla, por lo directa, la que yo estimaba más afín a lo que deseaba que fuera la mía.

Creo que la primera vez que hablamos él me tuteó y yo no me atreví a tutearlo porque, aunque sólo me llevaba cinco años, lo veía muy por encima de mí en saber y en posición: catedrático ya, mientras que para mí la cátedra era tan sólo una ilusión de futuro tras un largo y trabajoso camino. No insistió en el tuteo porque, en el fondo,

él era en aquel momento todavía más tímido que yo. Así se estableció nuestro trato y se fue fraguando nuestra amistad.

Fui adjunto de su cátedra luego y lo sustituí alguna que otra vez. Siempre cómodamente por mi parte y sin ruptura para los alumnos, porque él me pasaba previamente todos los materiales de cada una de las lecciones que tendría que explicar. Cuando decidió incorporarse a las tareas del ALEA, vino conmigo a dos encuestas, la de Alcalá la Real y la de Baena, aparte de las que hicimos conjuntamente Alvar, él y yo, como la de Monachil o la de Vélez Rubio, en su proceso de adaptación a nuestros métodos y formas de preguntar. Se aficionó a los sacrificados trabajos de la geografía lingüística, a sus vicisitudes y descubrimientos, al trato con los informantes, al ir y venir de unos a otros lugares, hasta el punto de que ya no los abandonaría nunca y el ALEANR es una muestra de ello. Creo que de todos los investigadores de campo que hemos trabajado en los diversos atlas, ha sido él quien vivió las encuestas más dichosamente, no sólo como un esfuerzo necesario, como un compromiso científico, sino como una expansión personal, como un gozoso esparcimiento tras meses o semanas de aulas y despachos. Disfrutaba así de la sabiduría campesina, que él tan bien entendía, de las pequeñas sorpresas lingüísticas, de los hallazgos inesperados.

Y en todas aquellas idas y venidas, compartiendo avatares, que iban acrecentando nuestra mutua confianza, nos seguíamos hablando de usted, como los ciclistas colombianos. Y luego yo fui, por fin, catedrático, compañero ya del todo, pero continuamos manteniendo el tratamiento. Hasta que allá, por los primeros ochenta, en una ocasión en que coincidimos en Salamanca varios amigos y todos se hablaban y nos hablaban de tú, menos él y yo, Emilio Alarcos manifestó su sorpresa ante el hecho e insistió en que deberíamos tutearnos ya de una vez, para integrarnos en lo que era uso general entre compañeros, y yo le expliqué cuál había sido el proceso, poco más o menos como acabo de hacer aquí, y que, a mi juicio, nuestro mantenimiento del usted se debía a un exceso de timidez por ambas partes, que nos había impedido a cada uno de nosotros proponerle al otro el tuteo durante los treinta años transcurridos. Y Antonio corroboró lo que yo decía y añadió que yo ya debía haber perdido esa timidez, pues llevaba catorce o quince años tuteando a Alvar, «al Gran Jefe Blanco», dijo, que era como lo llamábamos, entre nosotros, con humor amistoso y aceptada subordinación, en los lejanos días de la elaboración del atlas andaluz. Ese tuteo lo tenía a él pasmado, confesó, y si yo había sido,

en ese caso, capaz de vencer mi cortedad, no era posible que tuviera empacho en tutearlo a él, como Alarcos nos pedía. Y allí empezamos. Sin titubeos.

En trance de rememorar al hombre bondadoso, al amigo cabal, al generoso colega, al maestro sin alardes, al lingüista observador, al interlocutor inteligente, al simpático modelo de sencillez, a nuestro inolvidable Antonio Llorente, he querido recordar esta particular historia de nuestro comportamiento lingüístico en un aspecto determinado, porque la historia de la lengua se va haciendo desde la mayor o menor coincidencia de múltiples pequeñas historias particulares que se arraciman en una u otra dirección y acaban por darle sentido al incesable sucederse de los hechos.

Triste y desolador ha sido para mí el año 1998. Murió Emilio Alarcos, recién empezado el año; luego, en la primavera, Francisco Marsá, y ya en el verano, Antonio Llorente. Compañeros en la más clara dimensión de esa palabra. Compañeros por los caminos de la lengua, compañeros del alma. Me han dejado muy solo. Recordarlos a ellos es recordar mi vida. Pero, sobre todo, recordar a Antonio Llorente es evocar el tiempo más lejano, los caminos más trabajosos e inciertos. Un tiempo hermoso, en cualquier caso. Y él infundía sosiego, sin pretenderlo, con su sola presencia. Ya no está entre nosotros. Pero en nosotros, dentro de nosotros, los que lo conocimos y lo tratamos, sí que está. E hizo además muchas cosas que también están, que todos conocemos, que ahí quedan.